

VOTO DE SILENCIO

Gertrudis, como cada año en vísperas de la Semana Mayor, preguntaba qué sacrificio realizar para mortificarse en honor al sufrimiento del Señor, estaba batallando porque los que bullían en la calle ya los había realizado. Un momento más tarde, escuchó las campanadas llamando a misa de seis y pensó que durante el trayecto habría de encontrar la solución.

Al llegar al templo se formó para la confesión, había sólo cuatro personas: las hermanitas Muñoz- Delia y Dolores- que eran admiradas por su discreción y amor a los niños, se habían quedado para vestir santos, pero eso no las mortificaba, eran alegres y virtuosas; después seguía la viuda del tendero- doña Josefa- alta, serena y aún joven, cuando murió su esposo, todos pensaron que pronto se volvería a casa ya que aparte de hermosa, contaba en su haber con la tienda y una buena cuenta de ahorros, en el único Banco, de ese poblado; detrás de ella había un hombre muy alto, bien vestido; Gertrudis dijo para sí: - Haber ser el forastero, ¿qué estará haciendo aquí? dicen que no es católico; ¡sabrán Dios! Ella dejó eso para volver a cavilar sobre qué promesa debería hacer, quería algo nuevo; repentinamente recordó el sermón del padre Timoteo que dio el domingo anterior, él habló sobre lenguas viperinas que hacen más daño que un puñal o una pistola, que cuentan mentiras disfrazadas de verdad o ésta, pero exagerada, para atemorizar, ofender, insultar y pecar. Gertrudis se sintió aludida, muchas veces ella había contado hechos que no le constaban como si los hubiera visto, lo hacía por maldad- reconoció- lo hacía para que se dijera que ella estaba actualizada, que sabía todo lo del pueblo, ser respetada, eso quería que todo; aquí se paró de pensar, sus ojos le comunicaban que seguía en el voto de confesión.

Cuando Gertrudis terminó de confesarse escuchó con alegría la noticia que otras tantas ocasiones le había encomendado el padre Timoteo: diez Avemarías y tres Padrenuestros. Después de su tarea, Gertrudis se sintió reconfortada y enseguida se aclaró su pensamiento; el voto de su conciencia estaba dado, por esta vez ella guardaría silencio, durante la Semana Mayor no hablaría con nadie ni de nadie; se sintió contenta con esta resolución y marchó a su casa, iba agachada y con los labios cerrados, nada ni nadie rompería su silencio, se demostraría a sí misma sobre todo a los demás, la fuerza de su voluntad.

Los días corrieron y llegó la Semana Mayor; el Lunes Santo, Gertrudis cumplió en la misa de seis como de costumbre y se retiró sin saludar a nadie; el Martes, acudió al templo y como era aún muy temprano, observó la fila de penitentes, otra vez estaba doña Josefa, pero ahora en primer lugar, después seguía el forastero, la niña de los Cordero, dueña de la panadería del mismo nombre, era muy hermosa y ya mero cumplía quince abriles, luego las hermanitas Muñoz y terminaba la hilera Hortensia, la de las flores.

Gertrudis comenzó a pensar en todo lo que se contaba en el pueblo acerca de Hortensia, no eran pocos los que decían que se acercaba a la taberna para interceptar a los parroquianos y pedirles dinero a cambio de sus favores muy personales; ella no lo dudaba, porque siempre había criticado su provocativa forma de vestirse y de pintarse.

Encerrada en sus pensamientos, no advirtió que el sacerdote había terminado de confesar y se fue a preparar la misa: en eso escuchó un golpe seco y rotundo, levantó la vista y al no ver nada se acercó al pasillo de donde le pareció provenir el ruido; ahí estaba la niña de los Cordero, su ropa a un lado, divisó al forastero que corrió a la salida al darse descubierto; el joven acólito que ayudaba al padre Timoteo, llegó y se envolvió con la ropa a la niña; el padre Timoteo se asomó en esos instantes y le gritó:- ¿Qué has hecho, insensato? Los ojos de Gertrudis no

dejaban de llorar, se acercaron las hermanitas Muñoz, Hortensia y otros, que acudieron al oír los gritos del padre Timoteo, estos tomaron de los brazos al joven y lo llevaron a la comisaría; Gertrudis se debatía entre hablar o callar; en unos segundos llegaron otros vecinos, los Cordero llegaron al último, ya lo sabían, entraron llorosos y apesadumbrados; Gertrudis salió corriendo.

En su casa, Gertrudis, jadeante y cansada, sintió que sobre sus espaldas, cargaba un costal de piedras que la obligaba a respirar con dificultad, pensó en cuánto le hacía falta saber escribir, deseó haber aprendido pero sus padres le habían inculcado aquello de que: suerte te dé Dios y el saber poco te importe; se sentía obligada a hacer algo pero ignoraba cómo; no se confesaba por no hablar, no iba a la tienda por lo mismo, estaba guardando ayunos, mas sabía que esto no bastaba para purificarla y menos ahora, ella tenía que decir quién fue para evitar que se cometiera una injusticia, por que si no, Dios no iba a perdonar que por su silencio se castigase a un inocente.

La noche del Martes Santo Gertrudis no durmió; como monje cobrando sus pensamientos pecaminosos se autocastigó con una reata, las marcas en su espalda causarían lástima al ser más despiadado. Por la mañana del Miércoles, no quiso ir a misa, cómo iba a postrarse ante el Señor con el peso que llevaba en su conciencia

Llegaron los días de la Pasión del Señor y por el templo no se apareció Gertrudis; el Sábado de Gloria una vecina de Gertrudis, llegó a su casa a preguntar por su salud; la encontró muy débil y desconocida, no contestó a sus preguntas y comentarios, la vecina se retiró asustada y corrió la voz en el pueblo: Gertrudis está enferma y misteriosa, guarda un secreto y no quiere contarlo.

Mientras tanto, el comandante en turno, había consignado al joven acólito y el juez dictaría sentencia hasta el primer lunes después de la Semana Mayor. La población estaba indignada, pidiendo la pena máxima para el perverso que cortó la vida a una

inocente jovencita dentro de un recinto sagrado; en sus declaraciones previas el juez anunció que sobre el causante de: homicidio y violación, caería todo el rigor de la ley.

Conocido lo anterior por Gertrudis, a través de su vecina, su corazón empezó a latir exageradamente, había jurado ante Dios que nada ni nadie la haría hablar, pero ahora como un reto a su voluntad se presentaba este hecho que exigía su rompimiento. No, ella no rompería el silencio, se iría a la tumba con el secreto de su culpa, porque la magnitud de su ignorancia no era tanta para no advertir que ella también era culpable; si hubiera observado más a ese forastero, tal vez, hubiera adivinado su maldad y hubiese evitado el crimen, si pudiese romper el silencio se buscaría al verdadero malhechor para hacerle pagar su sacrilegio.

No, dijo para sí Gertrudis, no romperé mi juramento, debo guardar silencio, después diré lo que vi, habrá tiempo, al fin que eso de la justicia se lleva su tiempo, a veces se tarda tanto en llegar, seguro que el juez no dictará sentencia hasta después de la Semana Mayor.

Gertrudis no volvió al templo sino hasta el Domingo de Resurrección; se sentía mucho mejor, luego de resolver que el lunes se presentaría en el juzgado a primera hora, a ofrecerse como testigo visual, todos dirían que poseía gran valor al contribuir para salvar a un inocente.

El sermón del padre Timoteo fue de alegría por la Resurrección del Señor pero no dejó de pedir por la paz del pueblo y el perdón de los pecadores. Hizo una leve alusión a la muerte de la niña de los Cordero y a las tristes acontecimientos sucedidos; Gertrudis pensó en la pena que le causó al padre Timoteo, que haya sido un servidor del templo el ejecutor del crimen y de lo contento que se pondría al día siguiente, al conocer la verdad de los hechos.

Otro día, lunes por la mañana, Gertrudis acudió al juzgado a rendir su declaración, a medida que hablaba notó, que tanto el secretario como el juez que la escuchaban, la veían con enojo y al mismo tiempo parecían a punto de llorar; cuando terminó de hablar tuvo que preguntar dos veces que si eso era todo porque ambos receptores permanecían callados; ella tomó su monedero y quiso retirarse, pero el juez la impulsó a sentarse nuevamente y le increpó que ella era la que merecía un castigo, mas la ley no lo tenía contemplado, por eso la dejaban libre.

Gertrudis se mostró sorprendida y el juez siguió diciéndole que ella, como mucha gente mala e irresponsable, obstruía la justicia; el joven acólito se había ahorcado en su celda porque no pudo soportar que lo acusaran de un crimen que no cometió, ni tampoco el repudio del padre Timoteo.

El joven no llegó al Viernes Santo, terminó diciendo el juez mientras que Gertrudis soltó un grito de dolor que retumbó no sólo en la oficina del juzgado sino que entró por todas las casas del pueblo para ir a encerrarse en el pasillo del templo donde la sangre lavada de la niña seguía pidiendo justicia.

Llegaron los días de la Pasión del Señor y por el templo no apareció Gertrudis; el Sábado de Gloria una vecina de Gertrudis, la señora doña Isabel, le contó que ella había visto a Gertrudis en el templo del Señor pero no dejó de pedir por el pas del pueblo y la dirección del Señor pero no dejó de pedir por el pas del pueblo y la dirección del Señor. Hizo una leve alusión a la muerte de la niña Gertrudis y a los tristes acontecimientos sucedidos; Gertrudis, mientras tanto, el sábado de gloria, había congnado en la pena que le causó al padre Timoteo, que hizo y dijo que se retiró del templo el día del crimen y de lo contenido que se le dijo después de la semana mayor, la población estaba indignada pidiendo la pena máxima para el perverso que cortó la vida a un

ASÍ FUE

Lo único que se respondió Saturnino al jefe policiaco en turno- es que al momento de entrar en el edificio, alcancé a oír unos disparos que no supe bien si venían del 204 o del 206, quise ir a ver qué pasaba pero mejor me metí detrás de la puerta para no meterme en dificultades con ustedes. Se limpió la boca con su pañuelo y tosió como para llamar la atención; ¿y después?, preguntó el viejo policía que ya estaba cansado de las poses de Saturnino que a leguas se veía que quería cobrar fama como testigo de un suicidio o un crimen que no presencié pero, que estuvo muy cerca de hacerlo.

Saturnino sacó un cigarro y preguntó: ¿puedo? El policía asintió con la cabeza y Saturnino, después de encenderlo comenzó a narrar lo poco que sabía de lo mucho que hubiera querido conocer. Sandra la occisa- tenía pocos meses de habitar el 204; había llegado con su esposo que era agente de seguros y con quien discutía cada mañana y cada noche; el resto del día ambos marchaban a sus trabajos y no se veían, los demás inquilinos ya murmuraban que la pareja iba a acabar mal, por lo que el desenlace no fue tan sorpresivo. Saturnino sacudía su memoria porque quería recordar exactamente las veces y situaciones en que tropezó con Sandra o con su esposo; era un esfuerzo inútil porque al fin hubo de reconocer ante la autoridad que él casi no había cruzado palabra con ellos y sólo sabía lo que los demás decían, porque como trabajaba en la segunda línea del Metro, a veces doblaba turnos y no iba ni a dormir, menos a comer.

El jefe policiaco llamó a otro testigo y le dijo a Saturnino que si lo necesitaban lo llamarían después; ahora estaba interrogando a la portera doña Isabel-, era una mujer entre los treinta y cinco y cuarenta años, alta, robusta y de voz gruesa, hablaba despacio pero con seguridad; también mencionó lo de los pleitos de la pareja por las mañanas y las noches, se aventuró a decir que quizá Sandra

engañaba a su esposo y por eso él la mató; el policía frunció el entrecejo y se alegró de saber que la justicia no dependía de esa mujer, que lo que no sabía, lo inventaba.

Terminó pronto con doña Isabel y decidió tomarse un descanso fue al baño, lavó su rostro con agua y lo secó con un trozo de papel para las manos; se miró en el espejo y se encontró viejo y cansado; el Coordinador le había dado tres días para esclarecer las causas, encontrar al culpable de la muerte de Sandra y él llevaba cuarenta y ocho horas interrogando a todos los inquilinos del edificio A-200 sin encontrar al autor del homicidio; el informe del forense fue muy claro, la mujer murió de dos balazos, el primero le atravesó el hombro y se incrustó en la pared junto a la ventana, el otro lo recibió en la cabeza y fue el que cortó su joven vida, esto descartaba el suicidio; la carta en que se declaraba autora del corte de su vida por falta de felicidad no tenía ningún peso; el policía pensó: ¡Cómo si todos los que no somos felices nos fuéramos a dar un balazo! Entonces no habría cajones ni panteones para todos- y sonrió irónicamente.

Después de tomarse el café con un lonche que había esperado ser comido desde el mediodía, el jefe Urrutia volvió a su escritorio llamó a su segundo, para indicarle que pasara a José Felipe, éste sería el último inquilino que sometería a interrogatorio por ese día; al esposo lo dejaría para la mañana, ya no soportaba ni el sueño tantas veces ahuyentado, ni tampoco los zapatos nuevos que le apretaban tanto.

José Felipe llegó y se sentó fastidiado y malhumorado, había esperado varias horas -afuera y de pie- para ser interrogado, al principio pensó que eso era bueno porque así, prepararía una buena coartada, pero luego se percató que se le había ocurrido tantas ideas que no hallaba por cual decidirse.

El jefe Urrutia tenía fama de inteligente e intuitivo, sabía llegar a los criminales como sabueso que a distancia huele el aroma buscado; José Felipe sintió miedo al percibir su mirada escrutadora pero se tranquilizó porque recordó que había estudiado artes

escénicas, esto le permitía burlar al jefe policiaco; él era un buen actor ahora que estaba en juego su libertad, con mayor razón lo demostraría.

El jefe Urrutia comenzó como en todos los casos preguntando por sus generales, mas de pronto, la corazonada de que estaba frente al asesino lo obligó a exclamar directa y bruscamente la cuestión que por lo regular ponía al final, no de que dónde se encontraba a la hora del crimen, ésta era muy trillada y un asesino inteligente, de antemano tenía preparada su respuesta, sino de golpe soltó la otra: - Desde cuándo conocía a la suicida? José Felipe que había calculado contestar todo rápido para no dar la impresión de que preparaba falsas respuestas, hubo de quedarse pensativo; el jefe Urrutia hablaba de suicida, entonces se creyeron lo de la carta, caviló acerca de qué debería contestar; para un experimentado policía como lo era Urrutia, esto no pasó desapercibido y confirmó su corazonada. José Felipe contestó, al fin, no recordaba si fue al poco tiempo de que llegara el matrimonio al edificio, él la trató poco porque se decía que el esposo era celoso, claro que no de mí, agregó con coquetería para despistar al policía. Urrutia frunció el entrecejo, no le gustaba hablar con los del otro bando, aunque en su oficina, era común, así se lo dio a entender cuando le ordenó: -sólo conteste lo que se le pregunte y no finja moditos; José Felipe se sintió mal, por un lado el comentario del jefe Urrutia evidenciaba que su actuación fue descubierta y por otro, que era un hueso difícil de roer.

Después de un prolongado silencio que fue interrumpido por un policía que entregó a Urrutia una nota y le pasó un telegrama, el jefe Urrutia preguntó: ¿Verdad que Sandra no era mala? José Felipe pensó en la pobre Sandra, no fue mala con él, lo que pasó es que ella quiso dejar a su esposo, pero éste la había amenazado con matarla a ella y a su amante; José Felipe no quería morir y pensó en la forma de quitarse esa pasión peligrosa, pensó matarla y planeó, según él,

el crimen perfecto; después de asegurarle que ambos se suicidarían, preparó la escena, él era actor, llenó su nota y ella hizo la suya, brindaron, se acariciaron como tantas veces y se despidieron sintiéndose Romeo y Julieta -nomás que aquí sólo ella moriría y no por su propia mano. Nadie pensó que José Felipe, podría conocer la verdad, él salió después de los disparos y como convenía, se mostró sorprendido e impactado. La policía llegó al mismo tiempo que el médico forense y la ambulancia pedida; todo fue rápido y como en película él informó que se estaba bañando cuando sonaron los disparos, efectivamente su cabello empapado así lo demostraba, sólo que él se había mojado en el mismo departamento de Sandra.

El esposo llegaba hasta las diez de la noche, claro que fue localizado y llegó a las nueve y diez minutos, el crimen fue cometido, según los peritos, a las ocho menos cuarto, pero había muchas dudas aún por aclarar.

El jefe Urrutia repitió la pregunta, José Felipe declaró que no podía responder por que la trató superficialmente y desconocía los motivos que la indujeron al suicidio. Urrutia sonrió complacido, la treta estaba dando resultado, mientras que todos habían aceptado que se trataba de un crimen, este sujeto aceptaba que no hubo tal. ¿Qué tan superficialmente? -agregó Urrutia; José Felipe empezó a sudar frío estaba seguro que sus entrevistas fueron muy reservadas y discretas nadie podría calcular que él tenía relaciones con ella y menos cuando con frecuencia y más delante del esposo, él adoptaba moditos femeninos.

Fingiéndolo aplomo, José Felipe respondió que su trato fue casual, sólo las saludes, ya sabe usted; Urrutia contestó agrio: No, yo no sé nada, usted está aquí para "cantar" y quiero que lo haga ya antes de mandarlo con los otros, porque yo lo dejo hablar bien, buenamente, pero hay otros que después de sus métodos, usted va a confesar no sólo lo de este crimen, sino hasta otros que usted no ha cometido.

José Felipe se levantó gritando: No tolero amenazas, quiero un abogado, el que nada teme, nada debe; calló al darse cuenta de su error, pero ya Urrutia llamaba a su segundo para darle instrucciones y se ponía su saco, ya podía retirarse tranquilamente a su casa, sólo faltaba buscar el motivo aunque ya lo intuía, lo importante es que ya tenía al ejecutor y eso representaba más del cincuenta por ciento del caso resuelto.

Ya en la puerta, gritó al guardia: -llama a mi señora y dile que voy para allá, que vaya calentando mi cena; nos vemos mañana; miró el reloj y corrigió; al rato; faltaban diez minutos para las cuatro de la mañana.

Abril 1994

NARRACIONES I

